

¿Educas para la violencia o para la paz?

Una vuelta de tuerca: espacio crítico

Por Sergio Carneros
(sergio.carneros@hotmail.com)

Hablar de educación para la paz en Ecuador suena bonito. Suena esperanzador, casi como un sueño de esos que te venden los comerciales de los gobiernos, donde la armonía y el respeto florecen en cada aula, donde niños y niñas se educan felices, pensando en construir un nuevo país.

¡Qué tierno! Pero cuando descendemos a la realidad y entramos a una escuela tradicional cualquiera, la utopía de la paz se estrella contra una muralla de injusticias cotidianas. Violencia, autoritarismo, estándares ridículos y un sistema que perpetúa desigualdades. ¿De verdad alguien se cree que las escuelas contribuyen a la paz?

¡Bienvenido a Vuelta de Tuerca! Un espacio crítico, pensado para hacer reflexionar, incomodar, provocar, llorar, odiar, amar, gritar... o lo que necesites.

Te resumo el artículo para que no pierdas el tiempo: la educación tradicional reproduce y legitima las injusticias de la sociedad, así como las múltiples formas de violencia.

Además, muchas prácticas escolares son perjudiciales, perpetúan la opresión y dificultan cualquier intento de alcanzar la paz y la justicia social. ¿Se podría cambiar? Sí. Y tú, ¿solucionas el problema o eres parte de él? ¡Bienvenidos/as a la fiesta de la violencia escolar!



Cuando pensamos en violencia en las escuelas, la primera imagen que nos viene a la mente es el *bullying*: estudiantes maltratando a otros estudiantes. Y sí, es un problema serio (las investigaciones indican que más del 25 % ha sufrido *bullying* de manera grave y más del 50 % de manera leve), pero es solo la punta del iceberg.

El *bullying* es el inicio de una cadena de violencias invisibles que recorren las aulas y, lo peor de

todo, la mayoría de las veces no lo notamos, lo justificamos o lo vemos como normal. Vamos a hablar sobre algunos de los invitados a la fiesta de la violencia escolar:

El lenguaje violento: Aquí no nos referimos solo a los insultos que se dan entre estudiantes. Los adultos (padres y madres) y los profesionales de la educación (los docentes) son en su gran mayoría violentos verbalmente.

Por ello, los ambientes escolares tradicionales se rigen por la violencia verbal en forma de comparación, orden, discriminación, humillación, amenaza, castigo, alabanza... Los estudiantes aprenden a utilizar el lenguaje como una

El sistema educativo está tan plagado de formas de violencia (tanto visibles como invisibles) que cualquier intento de educar para la paz se queda en meras palabras vacías.

herramienta violenta de control y opresión, y esto les condiciona el pensamiento y su manera de relacionarse.

Solución ya inventada: Escuelas con lenguaje positivo y no violento, donde toda la comunidad educativa se forma sobre ello.

El autoritarismo y el adultocentrismo: En las escuelas tradicionales, la relación entre profesores y estudiantes (y adultos- niños/as) sigue siendo vertical, rígida y, francamente, sofocante.

¿Cómo puedes hablar de paz y respeto mutuo si el aula es una mini-dictadura, donde el profe tiene el poder absoluto y el estudiante es solo un receptor pasivo que obedece? Es la ley del más fuerte, pero disfrazada de falsa “disciplina”.

Las opiniones no importan, sus ideas son irrelevantes y su capacidad de decidir por sí mismos es nula. El sistema está diseñado para que los adultos (las personas que tienen el poder) decidan todo. ¿Alguien dijo democracia? Exacto, así se construye desde los cimientos una falsa democracia.

Solución ya inventada: Escuelas respetuosas y participativas, donde el estudiante tiene la oportunidad de decidir (y es responsable de sus acciones y aprendizaje).

La homogeneidad y la estandarización: Bienvenidos a la fábrica de clones. Aquí, si no encajas en el molde preestablecido, estás condenado. El sistema escolar trata a los estudiantes como productos en una cadena de montaje: todos deben aprender lo mismo, de la misma forma, al mismo ritmo. Y si no, te etiquetan de “difícil”,



“lento” o “problemático”, y estás destinando al sufrimiento y/o al fracaso escolar. ¿Cómo puedes construir paz castigando la diversidad?

Solución ya inventada: Escuelas inclusivas, activas y personalizadas, donde las metodologías y la organización curricular permite diferentes ritmos y formas de aprendizaje.

Las preguntas que debemos hacernos no son solo cómo educar para la paz, sino también si el sistema político y económico actual permite que la paz sea una posibilidad real.

La educación memorística: Aquí no se trata de pensar ni aprender, se trata de repetir y memorizar. Repetir hasta memorizar y vomitar en el examen. ¿Cuántos estudiantes realmente entienden lo que están aprendiendo y cuántos simplemente repiten como loros para aprobar el examen?

En un sistema donde lo importante es la memorización, no hay espacio para la reflexión crítica. Y sin pensamiento crítico, ¿cómo puedes pretender que luchen con situaciones injustas o violentas?

De estudiantes perfectos (solo escuchar sin molestar), a ciudadanos perfectos (solo consumir sin cuestionar).

Solución ya inventada: Escuelas vivenciales, experimentales, donde se aprenda de manera manipulativa, significativa y contextualizada.

La evaluación discriminativa:

Las pruebas son otra forma de violencia que suele pasar desapercibida. Las evaluaciones no están diseñadas para medir habilidades diversas, sino para premiar a quienes encajan en un molde académico específico.

Si tienes una forma diferente de aprender o si provienes de un entorno vulnerable, lo más probable es que te etiqueten como “incapaz”. Y así, el sistema perpetúa la exclusión.

Además, el estudiante aprende que lo importante solo es un número (no el aprendizaje) y busca desarrollar engaños (después será corrupción, estafa, falsificación...). Si este tema te interesa puedes leer el número anterior a esta revista.

Solución ya inventada: Escuelas centradas en el aprendizaje, no en la calificación. Se evalúa respetuosamente para ayudar, no para discriminar.

El imperialismo cultural: El currículo está diseñado para mantener las narrativas dominantes, ignorando las culturas minoritarias y realzando como superior y única la cultura occidental y determinadas perspectivas políticas y filosóficas. La “diversidad” solo aparece en los días festivos o cuando toca hablar de folklore, de lo exótico o de lo raro. ¿Es educar con una sola mirada, perspectiva y pensamiento una educación para la paz?

Solución ya inventada: Escuelas diversas, heterogéneas, donde se hable desde la multitud de perspectivas y se reconozcan las diferentes culturas y pensamientos.

Podríamos seguir hablando de otros invitados a esta fiesta de la violencia: premios, castigos, machismo, rechazo a las inteligencias múltiples, rechazo a otras formas de expresión, explotación, exclusión... pero en realidad ya las conocen y, sí, también tienen solución.

Y lo que aún es más rocambolesco, esta “fiesta de la violencia escolar” se divide en pequeñas fiestas que puedes acceder según el dinero que tengas. Hay fiestas para pobres, clases medias y ricos, lo que aún es más violento por la segregación y desigualdad escolar que supone el acceso a la educación.

Aquellos estudiantes con familias adineradas disfrutan del acceso a tecnología, a idiomas, aulas climatizadas, grupos pequeños, especialistas, grandes campus... y de un futuro lleno de posibilidades ¿y los otros estudiantes? Algo nada coherente con la búsqueda de una sociedad pacífica y justa.

Entonces qué se quiere, ¿educación para la paz o educación para el mantenimiento del sistema?

El sistema educativo está tan plagado de formas de violencia (tanto visibles como invisibles) que cualquier intento de educar para

la paz se queda en meras palabras vacías. Si seguimos ignorando estas realidades y fingiendo que todo se puede solucionar con talleres de “convivencia pacífica” o “educación en valores”, lo único que estamos haciendo es perpetuar un sistema violento, injusto y fracasado.

Si realmente se quiere avanzar hacia una educación para la paz que tenga un impacto transformador, es necesario replantear las bases del sistema educativo y del mismo Estado.

Las preguntas que debemos hacernos no son solo cómo educar para la paz, sino también si el sistema político y económico actual permite que la paz sea una posibilidad real.

¿Es el modelo extractivista compatible con la paz? ¿Es la paz posible en un país donde la pobreza y la exclusión son endémicas? La educación para la paz, en su forma actual, corre el riesgo de ser otro ideal vacío en un país que necesita urgentemente soluciones más profundas y radicales.

Si de verdad queremos hablar de educación para la paz, es hora de dejar las utopías y empezar a cuestionar profundamente nuestras escuelas. Si llevamos siglos con guerras, violencia, desigualdad... ¿por qué no probar a cambiar la escuela radicalmente? Elige si quieres solucionar el problema o ser parte de él.

P.D.: Creo en la educación y en la comunidad educativa. El ser humano tiene el potencial para liberarse del yugo y construir otro sistema lleno de paz, justicia y amor, porque en realidad esa es nuestra esencia.

Cuando descendemos a la realidad y entramos a una escuela tradicional cualquiera, la utopía de la paz se estrella contra una muralla de injusticias cotidianas.